

El viaje del héroe como drama ritual

PAUL REBILLOT

En las culturas premodernas y en las culturas tribales de hoy, cuando las personas pasan de una etapa de la vida a otra o deben asumir una nueva función, son acompañadas por “ritos de pasaje”, iniciaciones que les ofrecen una experiencia vinculada al tránsito que harán, preparando su cuerpo, mente y corazón para el nuevo nivel de su ser. Todavía en el siglo pasado, en ciertos países, las parejas jóvenes que querían casarse debían construir su propia casa o granero, o hacer alguna otra manifestación física que funcionaba como rito de pasaje desde su unidad familiar al nuevo hogar. Aunque no tuviese la forma de un ritual, la construcción del granero congregaba a todo el pueblo para apoyar a la joven pareja en su nueva etapa.

En esta época de “ilustración” intelectual hemos perdido el sentido ritual, pero sigue habiendo una parte nuestra no tan racional (o tal vez algo más que racional), una parte infantil que necesita la experiencia mágica del rito de pasaje. En repetidas ocasiones, mi trabajo con la gente me ha mostrado el padecimiento y confusión que genera la falta de ritos de pasaje significativos en nuestra sociedad. Sin maestros rituales o chamanes que los guíen, los hombres y mujeres modernos debemos hallar a solas, normalmente de modo traumático, nuestro camino de una etapa a otra, ya se trate del descubrimiento infantil de que Papá Noel no existe, de la torpeza y embarazo del púber, del matrimonio o el divorcio en el caso del adulto, o de un cambio de carrera, profesión, hogar o patria. Todos estos cambios exigen pasar de un nivel de ser a otro, y en cada umbral algo muere y algo nace.

Hoy existe un profundo vacío espiritual en el corazón de nuestra sociedad, como se aprecia en la conducta autodestructiva que nos rodea: abuso de alcohol y de drogas, delincuencia epidémica, suicidios de adolescentes. Tal vez este vacío sea producto de la carencia de rituales para esos tránsitos. Los rituales nos elevan de la dimensión puramente personal de nuestra experiencia a lo universal, reconectándonos con las realidades espirituales sin las cuales la vida se convierte en un páramo.

Los budistas dicen que uno de los temores básicos del hombre es el temor a los estados mentales inusuales, tanto en nosotros como en los demás. Una de las mejores maneras de superarlo es vivir la experiencia en una situación segura, a fin de aprender a internarse en ella y (lo que es más importante) a dejarla atrás. Las drogas psicodélicas son un método, los colapsos psicóticos son otro; pero existen mejores modos de familiarizarnos con los estados alterados de conciencia. Mediante el baile llevado al trance, la meditación respiratoria holotrópica, ciertas variantes del yoga o las técnicas para entrar en vértigo de los derviches podemos provocar deliberadamente esos estados. En mi caso, creo que la forma más interesante es el drama ritual. Su ventaja es que permite a quien lo practica darse cuenta de que puede ingresar y egresar de un estado mental fuera de lo común con plena conciencia.

He procurado crear, con el “Viaje del Héroe”, un rito de pasaje suficientemente universal como para que todos reconozcan el modelo de un cambio, sea cual fuere. Trabajé en esto durante más de quince años con miles de personas en Europa y Estados Unidos, y fui perfeccionando el método luego de aplicarlo con gente de muchos países e intereses.

El Viaje del Héroe es una posibilidad de escenificar una historia de transformación dentro de un marco ritual en el que el tiempo cronológico y la eternidad se entremezclan. Cuando tomamos una estructura arquetípica y la actuamos en el aquí y ahora, nuestra vida diaria es iluminada por lo eterno. Esto genera la posibilidad de un intercambio entre las dos dimensiones: se abre una puerta a través de la cual el mundo de los arquetipos puede ingresar en nuestra vida, aportándole nueva energía. Esta interpenetración de los dos mundos es la esencia del drama ritual.

Tanto en los mitos como en nuestra época, llamamos un Héroe a todo aquel que escucha un llamado y lo sigue. En nuestros días es más difícil, porque continuamente recibimos los seudollamados de la publicidad para que hagamos algo, compremos algo, vayamos a alguna parte. Si dentro nuestro no existe ninguna reacción natural frente al seudollamado, la tarea del publicista será crearnos algún sentimiento que nos mueva a reaccionar. Los anuncios televisivos, la publicidad de las revistas, los carteles luminosos y los grandes letreros de todo tipo permanentemente están creando estos falsos llamados. Por desgracia, de tanto apretarnos este “botón del llamado”, termina siéndonos dificultoso reconocer el llamado auténtico, el que nos llevará de una etapa de la vida a otra, de una carrera o profesión a otra, de una relación amorosa a otra.

Cuando sobreviene ese llamado auténtico, la reacción tiembla y se agita en lo profundo de nuestro ser esencial; pero si estamos invadidos de otros llamados, no nos será sencillo oír la voz de nuestra identidad verdadera.

Y es decisivo que la oigamos, pues ella nos convoca no sólo como individuos, sino como especie planetaria, a la evolución permanente. ¡Qué lamentable que los seres humanos estén convencidos de que su satisfacción puede provenir de la compra de un nuevo detergente o pasta dental! Si la dinámica del llamado se enturbia con estas falsas apelaciones de modo tal que no oigamos la voz auténtica, la situación se torna peligrosa.

Pero si muchos comenzamos a escuchar el llamado, nuestra sociedad deberá atravesar una transformación completa, pues comprenderemos que nuestro modo de vivir actual no satisface nuestra real vocación humana: que los objetos materiales no son sustitutos de la evolución espiritual. Si como especie empezamos a prestar atención al llamado profundo, es menos probable que nos distraigan las titilaciones de los anuncios comerciales. La energía que ponemos en el consumo material será reencaminada al autodescubrimiento y el desarrollo personal.

Estamos en el umbral de un nuevo milenio. Está claro que no podemos continuar con el mismo patrón de conducta que veníamos practicando, pues el planeta no sobrevivirá. Si la humanidad no se eleva a un nivel superior de conciencia

de sí y descubre su auténtica función respecto de la evolución de la especie y del planeta, la única meta posible será la autodestrucción.

Creo que nuestro rol en relación con el universo no es esta actuación destructiva. Hemos estado contemplando la vida a través de un lente oscurecido por el materialismo y el consumismo, y tenemos que limpiar el lente para ver con más claridad en qué consiste ese rol.

El Viaje del Héroe es uno de los métodos para empezar a limpiar el lente y tomar contacto con el nivel más profundo de nuestra evolución personal y como especie. El Héroe es quien escucha el llamado y reacciona. Su Viaje es una oportunidad para contactarnos con nuestro llamado interno de transformación y recorrer las etapas que necesitamos para cumplirla.

(En el próximo número: "Un mapa para el Viaje del Héroe".)

Del libro *The Call to Adventure: Bringing the Hero's Journey to Daily Life*.